

menester investigar las causas de semejantes innovaciones léjos de las que vulgarmente se asignan. La siguiente exposicion será la prueba de ello.

CAPITULO III.

Cisma de los Griegos.

Miguel III reinaba en Constantinopla (1). El nombrar á un emperador griego, es casi siempre personificar el idiotismo mezclado

(1) Prevengo que, en cuanto concierne al cisma de los Griegos, he seguido, por única guia, á M.^o Le Beau, autor de la *Historia del Bajo Imperio*. Es un autor grave, pio, y muy á cubierto contra toda sospecha de filosofia: tan léjos de ello, su fe podria notarse á menudo de credulidad y simplicidad. Su testimonio y juicios, en casi todas las ocasiones, son pues irrecusables. Procederé del mismo modo á proporcion que vaya hablando sobre los demas cismas, cuidando de no apoyarme sino sobre las relaciones y juicios de los autores mas recomendables entre las personas pias y monárquicas; es

con la disolucion y mas ignominiosa supersticion. De tarde en tarde, algunas virtudes, talentos, y energía, se manifestáron en aquel trono; eran unas reliquias de las grandezas romanas, que, semejantes á unas antorchas espirantes, echaban por intervalos un último resplandor ántes de apagarse, y que relucian todavía con un pasajero brillo ántes de volver á sumergirse en unas eternas tinieblas. Miguel prestaba

el medio de hacerse superior á toda contestacion, y no la quiero de especie ninguna. En cuanto á los hombres mal humorados, que buscan quimera en todo, y que, á falta de hechos, pegan con las ocultas intenciones, usurpando en esto la facultad del que dijo *que le pertencía sondear los corazones y el interior de las almas*, son libres de entregarse á su arte conjetural. Les prevengo que no es mi ánimo el ocuparme en ellos, ni conjeturas suyas, por título ninguno: es el único partido, que conviene abrazar en semejante caso.

su nombre á los instrumentos públicos y anales del Imperio; en cuanto á la autoridad real, la habia cedido á un cortesano llamado Bardas, reservándose á sí mismo las groseras satisfacciones de los sentidos, para las que la suprema potestad suministra siempre tan copiosos como fáciles medios, imponiendo á un mismo tiempo silencio á los remordimientos de los que se entregan á ellas, y á las censuras de los que sufren con esto (1). Dado este indigno va-

(1) Nunca se habia envilecido mas horrendamente la suprema autoridad. Un emperador de diez y seis años, nacido con las mas bajas inclinaciones, hecho dueño de sí en el momento de desenfrenarse con vehemencia las pasiones, se entregó sin comedimiento ninguno á los excesos de la disolucion mas desmesurada: las comidas prolongadas hasta la embriaguez, los galanteos escandalosos, las conversaciones licenciosas, las carreras del circo, eran las mas serias ocupaciones; sus juegos eran unas farsas impías, en que una sacrilega chocarrería remedaba nues-

lido, al modo de su amo, á los mas reprehensibles desarreglos, creyó tener la facultad de despreciar á los hombres y Dios mismo; pero este tenia un fiel ministro en

tros misterios mas augustos. Cuando el patriarca, al frente de su clero, hacia procesion, el emperador, y sus compañeros de disolucion que le llevaban en medio, salian al encuentro de aquel prelado montados en burros, tocando instrumentos, cantando infames cantinelas por el tono de los salmos, é insultando á la piedad de los fieles con obscenos ademanes.

No respetó Miguel ni aun á su madre. En uno de estos lances, huyó ella estremeciéndose de horror, en medio de las carcajadas de su hijo y cortesanos suyos; y volviéndose entónces, hácia Miguel, le dijo: tiembla, hijo impío é inhumano: Dios te ha entregado á tus réprobos sentidos, y alargará un dia su brazo para castigarte!

Las carreras del circo eran la ocupacion ménos vituperable del jóven emperador: confundido con los cocheros, y trayendo la librea de la

Ignacio, Patriarca de Constantinopla. Tuvo esta ciudad entónces en su patriarca á otro Ambrosio, que desechó á este delinciente público, como el pastor de Milan

faccion azul, disputaba de igual á igual una indecente victoria. Un correo, enviado por el gobernador de Bitinia, llegó á anunciar al primer secretario de estado, que el emir de Melitine, al frente de un ejército, habia atravesado la Asia, y estaba en Malagines. Habiendo conducido el ministro inmediatamente al correo á la presencia del emperador, quedó aterrado con una tremenda ojeada de Miguel, el cual le dijo: en que piensas, infeliz! en venir á interrumpirme en tan crítico momento? ¿No ves que se trata ahora para mí de tomar la derecha sobre ese cochero, y que de esto depende el triunfo de mi carrera? Su impiedad extravagante y poco concorde consigo misma mezclaba la religion con sus juegos; iba á recibir el premio en la iglesia de Blaguernes, en que la estatua de la santa Virgen, magníficamente compuesta, le ponía una corona en la cabeza. No contento con deshonorarse á si mismo, pre-

habia desechado al asesino de Tesalónica. Teodosio se habia humillado bajo la mano del ministro de su Dios; el cortesano pegó con Dios mismo para vengarse de su mi-

cisaba á los primeros empleados del imperio á tomar las libreas del circo y correr con él. Habiéndose caído de su carro un dia, estuvo para perecer en medio del circo. Algunas veces, atravesando á caballo las calles de Constantinopla, con su infame comitiva de licenciosos, se apeaba en la casilla de una pobre ó menestral, tomaba cuanto vino y carne se hallaba en ella, aderezaba por sí mismo la comida, ponía la mesa; y tomando asiento con la familia, bebía y comía con exceso; volviéndose despues embriagado. Quería ser padrino de todos los hijos de los cocheros; y el menor regalo que con este motivo les hacia, era de 50 libras de oro; y daba con frecuencia cuatro veces tanto. Una brutalidad de Teofilo fué premiada con 100 libras de oro. Para subvenir á estas locas larguezas, escudriñó en el tesoro de las iglesias, robó las aras, fundió las estatuas de oro y plata, y aun los vasos sagra-

nistro; juró la pérdida de este, y, parandose poquísimo en las resultas que no podían ménos de seguirse á la infraccion de las leyes de la Iglesia, y á la interrupcion

dos; habiéndose agotado bien pronto todas estas riquezas, no le quedaban recursos mas que en aquellas obras de oro tan afamadas, preciosos monumentos de la magnificencia de su padre; se halló que ellas pesaban 20,000 libras. Poco tiempo ántes de su muerte, mandó convertirlas en metálico, y fundir todo el oro y plata de su guardaropa imperial. Cuando murió, habia disipado ya la mayor parte de ello; y algunos dias mas hubieran consumido lo restante.

Para colmo de desgracia, sin ser naturalmente cruel, se volvia tal en la embriaguez. Sus comidas daban fin lo mas á menudo con alguna tragedia sangrienta: lleno de vino, pero sediento de sangre, pasando repentinamente de una tumultuosa alegría á los arrebatos de un furor tétrico, sin ninguna razon, aun sin pretexto ninguno, mandaba cortar la cabeza, sacar los ojos, cortar los pies y manos, quemar vivo.... ¡Que

de la legitimidad de su gobierno, no pensó mas que en echar al intrépido pastor que ponía impedimento á sus pasiones; y para proporcionarse un instrumento dócil, mandó poner en la silla de Constantinopla al célebre Focio. Con él, la disension con Roma subió á la silla, y formó de un súbito equívoco un declarado rival. He aquí con que rasgos le pinta el autor de la his-

tiempos! que costumbres! Y todo ello se cometa en aquellos tiempos que se recuerdan incessantemente como los del primer fervor de los siglos cristianos! Los hombres de 93 y el glorioso sultan Mahmud parecen haberse formado en la escuela del emperador Miguel. Falta apenas poco para que la España actual equivalga á la Constantinopla de aquel tiempo. Por fortuna la civilizacion se dejó ver, é hizo ella imposibles los *Nerones* y *Miguelés*; los cuales no pueden existir mas que en donde está desconocida, ni hallan lugar mas que en la ausencia de ella. Y despues ensálcese, invóquese el poder absoluto, y declámese contra la civilizacion.

toria del Bajo Imperio, vol. 15, p. 67....
 «No le saltaba á Focio mas que la probidad para ser el varon mas insigne de su edad. Nacido en una familia esclarecida, hermano político de Irene, hermana de la emperatriz Teodora, habia recibido la educacion mas sobresaliente; rico, en estado de proporcionarse innumerables libros, ansioso de ciencia y gloria, su ingenio dócil, penetrante, laborioso, habia abrazado todas las ciencias divinas y humanas; las dos obras que nos quedan de él, hacen formar el mas alto concepto de su saber. La que lleva el nombre de biblioteca, supone una lectura inmensa, y muestra un juicio exquisito; el Monocanon, que es una concordancia del derecho canónico y civil, prueba que él estaba perfectamente instruido en las leyes de la Iglesia y en las del estado. Sucesor de Basilio en el cargo de caballero mayor, desempeñaba al mismo tiempo el de primer secretario del emperador». Por cierto, he aquí un instru-

mento muy propio para todos los usos que el crimen quiera hacer de él. Negándose el legítimo patriarca Ignacio á entregar su silla, fué arrojado de ella. Atemorizado Bardas con las consecuencias de un cisma entre los obispos del imperio, se dirigió á cada uno de ellos en particular, para inducirle á reconocer al sucesor de Ignacio; y para conciliarse mas seguramente sus votos, prometió individualmente á cada uno que él seria sucesor de este prelado.... Aquí, dejo hablar al autor de la historia del Bajo Imperio, p. 69, vol. 15 ». *A esta costa, ni siquiera uno solo negó su consentimiento; pero Bardas, como era imposible cumplir á un mismo tiempo la palabra á todos, y uniendo el mas grosero artificio con el motivo de la mas vil seducción, habia tenido la precaucion de decir en secreto á cada uno: el emperador os cumplirá su palabra, pero para merecer su estimacion, y evitar al mismo tiempo una sospecha, es necesario, cuando él os ofrezca el patriarcado, aparentar*

rehusarle por modestia. Aprobáron y siguiéron ellos este consejo; pero quedáron burlados; porque los cogieron por la palabra; y elegido Focio por el emperador, pasó en seis dias del estado de secular al de patriarca de Constantinopla, y pastor de la segunda iglesia del mundo cristiano ».

Se saborea algun gusto, al mismo tiempo de detestarlo, en ver que la perfidia castigue así á la codicia. Un mejor orden desterró entre nosotros estos repentinos tránsitos del estado secular á los mas realzados grados del sacerdocio. Allí, comienzan la discordia y turbulencias; se ensayan por medio de divisiones intestinas en la separacion de Roma. Como acaee siempre en semejantes casos, los unos se adhieren á Ignacio, y los otros á Focio; se dividen, y anatematizan recíprocamente: pero apoyado Focio sobre el poder del príncipe, depone á Ignacio y secuaces suyos, hácelos meter en prisiones, y relegar á diversos monasterios, otras prisiones de

aquellos lastimosos tiempos. Pero estos triunfos, por decirlo así, no eran nada sin la aprobacion del *gran juez* de la Iglesia, el Papa Nicolao ocupaba entónces la silla de Roma, pontífice justo y prudente. Focio llegó á él humillándose por las vias de la adulacion y falacia. El Papa para no aventurar nada en una materia de tanta gravedad, envió legados á Constantinopla; estos tuvieron que sufrir, por espacio de ocho meses, todas las pruebas que el crimen y tiranía pueden hacer de los hombres; y, cosa inaudita en nuestras costumbres modernas, pasaron ocho meses entre las sollicitaciones, promesas y amenazas, separados entre sí, y con guardias de vista. De este modo se negociaba entónces. Ultimamente, se rindiéron; y en el concilio que Focio reunió en Constantinopla, y que, como el de Nicea, se compuso de trescientos diez y ocho obispos, fué depuesto Ignacio. Los legados aprobaron este acto, y Focio fué reconocido

por legítimo Patriarca. Conociendo vivamente el Papa la violacion de la justicia y de las leyes eclesiásticas, condenó la prevaricacion de sus legados, rehusó aprobar las actas del concilio, y reconocer la promocion de Focio. Usó de cuantos medios le suministraba su suprema dignidad para reponer al legítimo patriarca, y alejar á Focio: pero este hombre no se habia adelantado hasta allí para retroceder; no era de los que se vuelven pie atras: por lo mismo hizo negar la entrada del imperio á los legados que el Papa queria hacer llegar á Constantinopla; y, no contento con esta disposicion prohibitiva, llegó hasta la audaz idea de deponer al Papa mismo. Aprovechándose de su vasta ciencia en la historia y derecho canónico, tuvo valor para forjar las actas de un concilio que él suponía haberse celebrado, y las llenó con la mas perfecta regularidad. Con arreglo á cuya suposicion, Nicolao habia sido condenado y depuesto jurídicamente por el